

Atenea

Revista Mensual de Ciencias, Letras y Artes.
Publicada por la Universidad de Concepción.

Año XVIII

Mayo de 1941

Núm. 191

<https://doi.org/10.29393/At191-1PVRA10001>

Puntos de vista

Por la libertad de América

A MEDIDA que transcurren los días trágicos de Europa, mayor es la cercanía del conflicto hacia las tierras libres de América. América, en este caso, es una e indivisible, a pesar de las separaciones geográficas. Una por la ley de la defensa de su libertad y de sus instituciones democráticas. El continente que ciñen el mar de Bhering y el mar magallánico, en los extremos de su configuración, está sometido por la fatalidad de las irrupciones bélicas, periódicas de Europa, a ser un punto de confluencia de las naciones del Viejo Mundo.

Pero América, si ha tenido diferendos en la línea de las fronteras de algunos de los países que la componen, no puede mantener estas irritaciones frente a la amenaza de la extensión del conflicto. Sería, por lo demás incongruente, suponer que el totalitarismo vencedor, si tal fuera la resultante de la guerra, dejara libre de su influencia a las repúblicas soberanas de América. Este continente tiene riquezas excepcionales, tierras vastas en absoluta virginidad de explotación, materias primas de incalculable valor para la industria del Viejo Mundo. Las naciones arrogantes y ambiciosas que han trastornado todos los derechos y todas las garantías humanas o internacionales, que han desconocido los tratados sobre los cuales se asentó la seguridad y la esperanza de las comunidades, que han hecho tabla rasa de los derechos de gentes, internacionales, públicos y privados, sólo pueden detener su camino con el predomi-

nio sobre el mundo. Y América es una de las partes más valiosas del mundo.

Lo es sin duda y además por otros aspectos. Por la libertad en primer término, porque en América reposa ese sagrado derecho de libre examen, que es garantía máxima de las democracias. En América, la libertad tuvo sus más grandes héroes y ellos forman la tradición, la médula viva y potente de la conducta humana. América ha hecho carne de su derecho internacional el principio jurídico del arbitraje en las diferencias de fronteras. Sobre ese principio descansa la honestidad de los pueblos, la seguridad de la paz, el amor a las instituciones republicanas. América recogió la cultura libre de Europa, cuando Europa consagraba en sus instituciones, en sus escritores, y pensadores, y filósofos, y hombres de ciencia, la suprema ley de la libertad como motor de la naturaleza humana en su desenvolvimiento armonioso. Lo contrario fué siempre la decadencia y en seguida la muerte.

Estas naciones jóvenes y robustas, a pesar de las contrariedades de la política interna, que son aspectos de la impetuosidad de su juventud política, representan, como ya lo afirmaba Keyserling en su primer viaje, la esperanza del futuro. el escudo del porvenir. Esta esperanza está siempre viva, siempre erguida. Y el escudo no ha sido roto por ninguna fuerza subrepticia o interesada. Hacia estas tierras generosas acuden, como a un supremo refugio, los hombres más preclaros que Europa ha debido en su catástrofe, dejar salir para defenderlos de la muerte. Las constituciones americanas han consagrado la libre concurrencia, la entrada a la tierra promisoría, como a un país de paz y de trabajo. No han puesto diques sino a las lacras o a las formas humanas peligrosas, pues la generosidad también debe estrecharse si sobre ella se intenta depositar los gérmenes de la liquidación.

El papel de América es ahora el de un guardián de la libertad y de la democracia. Sus más ilustres voceros lo han repetido y si Europa fué en otro tiempo nuestra maestra es ahora como la madre que siente el orgullo de contemplar a un hijo capaz de sal-

varla del definitivo desastre. Más aún, como a un hijo en el cual se han reunido los dones superiores de la vida libre, de la vida de serenidad para vivir en paz, sin amenazas ni terrores.

Todas sus tierras están abiertas al esfuerzo y a la inteligencia. En ellas no medra el obscuro y siniestro propósito de la tiranía, porque sus paisajes, como sus ríos y montañas decoran y ciñen pueblos agradecidos del don de manejar sus destinos en la atmósfera de la libertad.

La América es, pues, una sola en la misión de mantener las instituciones republicanas y mantener el patrimonio de la cultura. Ni una ni otras pueden vivir si no se las respeta y se las defiende del mal de la violencia y del mal siniestro de la tiranía.